

VÍRGENES ONUBENSES
(Notas apresuradas para una socioantropología
del milagro)

POR JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN

Hay en la vida religiosa, en el terreno de las devociones en particular, frecuentes simbiosis que permiten a antiguas creencias emigrar entre fuentes lejanas en el tiempo y en el espacio. El propio mitologema cristiano en su conjunto, procede, como es bien sabido, de cuerpos de creencias anteriores, conociéndose con especial detalle la relación existente entre los cultos cristianos y algunos que fueron propios del paganismo, o bien con otros que se extendieron por el mundo mediterráneo más o menos al tiempo que la fe cristiana y, muy particularmente, con el mitraico. Por otra parte, sería difícil entender el *Génesis*, por ejemplo, sin relacionarlo con mitos sumerios o babilónicos y, en especial, con el prototipo -Jung diría, tal vez, con el *arquetipo*- de Gilgamesh, mucho más cercano que el Kakravartin indio y otras figuras divinales y redentoras sacrificadas por la Humanidad que, ciertamente, prefiguran al Mesías cristiano. Y lo mismo ocurrirá en la América hispana, por ejemplo, donde los pueblos bautizados conservan con frecuencia sus mitologemas encubiertos entre los pliegues de la nueva doctrina, que viene a ser lo mismo que ya había ocurrido a las poblaciones celtas en su momento. A eso se le llama, como es sabido, sincretismo, y aunque Arguedas y otros estudiosos ya cerraron esa lección, diré que pocos espectáculos más interesantes que el que ofrece una sesión eclesial de la *umbanda* brasilera -una forma *blanca* de macumba en la que los santos católicos representan para los afroamericanos a las viejas divinidades de sus antepasados- como he tenido la ocasión y el privilegio de comprobar alguna vez.

Viene este exordio a cuento para encuadrar cabalmente lo que seguidamente diré sobre algunos elementos de la devoción onubense de la Cinta, tan antigua como bien sabemos, pero en la que ha de resultar curioso, a mi parecer, comentar algunas circunstancias, y de modo muy especial, sus famosos milagros, de los que ya habla largamente en su *Huelva Ilustrada* el licenciado Juan Agustín de Mora y comenta el sabio padre Ortega en su obra colosal sobre La Rábida. Más adelante me ocuparé del tema y milagro que ilustra nuestro entrañable mosaico del zagal ileso y el toro postrado ante la Virgen aparecida, que responde también, por supuesto, a una antigua tradición, para ocuparme ahora, siquiera por encima, del gran prodigio que conmemoran las columnas -“raídas” por los devotos en busca de la reliquia de su piedra, como dice algún historiador- que aún hoy día dan mudo testimonio bajo el pórtico, a la entrada del Santuario, del fabuloso milagro que explica cumplidamente la tradición. Me refiero al prodigio de la salvación del cautivo cristiano al que su dueño sarraceno habría encerrado en un arca y depositado en el mar africano, con las dos columnas y él mismo encima, para mayor gravedad, pero que en lugar de perderse en el piélago acabaría arribando a Huelva, justo en el lugar donde se levanta el actual Humilladero, “que está como a un tiro de Arcabuz de la Hermita (sic), al pie de una larga y penosa cuesta”, como dice un historiador ilustre, y que tan bien describirá un forastero atento como Rodrigo Amador de los Ríos en su insuperada guía de Huelva.

El milagro en cuestión se describía en cuatro lienzos que, según el licenciado Mora, aún estaban en La Cinta en su tiempo, el siglo XVIII, y en los que, con una ingenuidad que delata de lejos la mano piadosa pero inocente, se relataba cómo el moro encerró en un arca al mozo cristiano (hay que suponer que onubense, puesto que se había encomendado a la Virgen de la Cinta) en compañía de un gallo degollado a cuya improbable resurrección condicionaba su salvamento; cómo lastraría el cofre con las dos columnas de mármol y cómo, finalmente, él mismo habría de echarse encima de tan precario aparejo, para quedarse dormido hasta despertar en el Humilladero. Salto sobre los detalles, acaso conocidos, porque lo que me interesa ahora es explicar que esa leyenda cristianizada por mano tan ingenua no es nueva, sino que pertenece a una antiquísima tradición que responde a un complejo significado mitológico. Diversos estudiosos,

alguno reciente como Raymond Bloch, han estudiado esa recurrente construcción mitográfica que se basa en la historia de un personaje sometido a la prueba de la *exposición al agua*, al ser lanzado al mar o depositado en un río peligroso, para terminar indefectiblemente salvado. No puedo extenderme aquí sobre el modelo, pero seguro que el lector se ha acordado ya del propio Moisés y la historia de la cesta embetunada, que cuenta el *Génesis*, y en la que su afligida madre, para librarlo de la persecución de hebreos decretada por Faraón, lo deposita en el Nilo, para que lo encuentre nada menos que una princesa, franqueándole así a la leyenda la entrada del personaje en la Corte. Pero si nos volvemos a Roma desde Egipto, nos sale al paso la leyenda de Rómulo y Remo, igualmente depositados en el Tíber por la orden tiránica de un usurpador del trono, antes de ser hallados por la loba famosa -tras la que la exégesis moderna, por razones filológicas, ve a una prostituta- que los amamantaría con el concurso de una urraca, el pájaro consagrado a Marte, abriendo así el camino a la vasta mitología romana. Desde Livio a Plutarco, pasando por Justino, Plinio, Juvenal, Dionisio Halicarnaso y, por descontado, Ovidio, Horacio y Virgilio, entre muchos autores más, los detalles de la historia se repiten con rara constancia testimoniando el modo en que se propagan en la Historia estos recursos simbólicos de la humanidad, tal como ha explicado Rudolph Wittkower en su preciosa obra *Allegory and the Migration of Symbols*.

Pero el mito más congruente con la leyenda del moro salvado en el Humilladero quizá sea el de Perseo, el hijo que Zeus, convertido en lluvia de oro, engendró en Dánae -el símbolo, como metáfora de la seducción de la riqueza, no tiene precio- a pesar de que ésta yacía encerrada en una cámara subterránea de bronce por orden de otro tirano, su padre Acrisio (también enredado en disputas reales), a quien el oráculo délfico había anunciado (como a Layo, el padre de Edipo: véase la continuidad de los motivos mitológicos) que perecería a manos de un nieto. No me detendré tampoco aquí en lo que en los diversos repertorios de mitología (Yves Bonnefoy, Pierre Grimal, Ruiz de Elvira, Chevalier y Gheerbrandt, J. Lamprrières o René Menard y demás) puede hallarse con facilidad, ni en los detalles y variantes que sobre el tema ofrece la literatura, desde Homero y Hesíodo a Ferécides, pasando por Pausanias, Apolodoro, Higino o el delicioso Luciano, Ovidio o Píndaro. Ahora no puedo más que

señalar la absoluta coincidencia del fondo y hasta de las circunstancias de la 'historia fabulosa', como diría don Nicolás Antonio, que presenta la leyenda conservada entre los devotos onubenses de la Cinta y los remotísimos espíritus griegos que creían a su manera peculiar en el Panteón de aquellos dioses "demasiado humanos", para decirlo como Nietzsche.

Las columnas de mármol de la Cinta son, pues, un elemento aislado de un conjunto mítico (legendario, sería más adecuado decir en este caso), absolutamente integrado en la tradición cristiana onubense sin la menor sombra de sospecha de su antigüedad y solera mitográfica. Aunque, ciertamente, su representación, en los cuatro grandes lienzos que cubrían los muros de la capilla todavía en la época de Mora, remita más al imaginario inocente de la religión popular que a las altas formulaciones en que fueron establecidas las mitologías de la cultura mediterránea antigua. Los hombres conciben ideas, arman historias, que echan luego a rodar por los tiempos hasta acabar pulidas como cantos rodados en la orilla de algún río o mar lejano. Pero lo admirable es que resulta que esas creaciones no son infinitas, ni siquiera demasiado numerosas, como podría imaginarse, sino que se reducen a un repertorio relativamente discreto de motivos y fórmulas que pasan de mano en mano, se mezclan entre sí, se fecundan acaso en esos contactos dando lugar a híbridos irreconocibles, o simplemente se adoptan para ser reutilizados en un contexto diferente. Un cristiano onubense de lo antiguo o uno de hoy día, dará mayor, menor o ningún crédito a esa leyenda que conservaron nuestros mayores, creará o rechazará como absurda la causa del mozo cautivo y el gallo degollado que, dentro del mítico cofre, viajarían ignorantes de estar representando una historia milenaria en la que héroes mayúsculos de culturas tan diversas los habrían precedido jugando sus mismos papeles. Porque es evidente que el moro de Berbería de que hablaba el lienzo perdido de La Cinta es Acrisio, es Amulius o es Faraón, así como el mozo esclavizado que rezaba a nuestra Patrona es Moisés (eso significa *Masah*, probable origen del nombre: 'sacado de las aguas'), es Rómulo (y Remo en una pieza) y es también y ante todo el fabuloso Perseo, el que dio muerte a la Gorgona y se paseó invisible por todo el mundo antiguo. Con menos literatura, ciertamente, con menos memoria culta y también sin la íntima consolación de que una madre le cantara, durante

la travesía, la maravilla de nana que Dánae le cantó a Perseo dentro del arca *-Iarnax*, en griego- y cuyo eco nos llega desde Simónides en un fragmento de Dionisio Halicarnaso.

El mundo de las creencias es un pañuelo, y en éste se recogen piadosamente las ilusiones y los deseos que escapan a la naturaleza, todo aquello que el hombre necesita o anhela poseer pero que no alcanza con su razón, época tras época, civilización tras civilización, cultura tras cultura. De este modo un material psíquico que animó la intimidad griega o las liturgias de los templos romanos, acaso uno que es piedra miliar de la construcción bíblica, como el maravilloso mito mosaico, llegan hasta el Humilladero, como el mozo y el sarraceno, y suben esa cuesta por la que los onubenses antiguos iban en septiembre a honrar a su Patrona, y por la que subiría -“en camisa” por cierto, y digan lo que digan en Tortosa- el Almirante don Cristóbal Colón, a quien tocó en suerte agradecer a la Virgen de la Cinta su protección en un mal paso de su travesía. Seguro que alguien hubo de contar al Descubridor la historia del mozo de Berbería y su amo convertido, de quienes las columnas del santuario darían fe ya por entonces, y hasta puede que creyera en ella a pie juntillas. Después de todo, si él había subido hasta allá arriba era para dar gracias por un milagro que, sin duda posible, él y sus compañeros de aventura tuvieron por cierto y cabal.

La Cinta tiene también su milagro fundacional, naturalmente, relacionado con el hallazgo de la propia Virgen Chiquita. El mosaico del presbiterio, en el lado del Evangelio, muestra hoy la imagen entrañable del milagroso encuentro con Nuestra Señora de un mozo labriego que huyendo de un toro echó abajo una tapia al tratar de saltar sobre ella, dejando al descubierto la venerada pintura ante la que el animal se habría arrodillado. A diferencia de las hierofanías mediterráneas clásicas, las apariciones pierden en el ámbito cristiano, en cierto modo, naturalidad para ganar eficacia prodigiosa, de modo que así como en la mitología griega los dioses y diosas andaban por el mundo como si éste fuera el patio trasero del Olimpo -mezclados, por si fuera poco, con semidioses, héroes, gorgonas, ninfas, gigantes y demás seres fabulosos-, los cristianos parecen decididos a regir su imaginación por cánones más severos aunque sin renunciar del todo a la extravagancia. *Lo real maravilloso* llaman a esta realidad los estudiosos actuales, en especial los franceses, pero la verdad es

que con frecuencia hay que convenir en que este cambio de *estética* degrada un poco, a la vez que humaniza, las creaciones del imaginario cristiano.

Esas hierofranías o presencias de lo divino son generales y frecuentes, en especial desde la Edad Media en adelante, y la Virgen María ocupa en ese memorial un capítulo decisivo, por razones que el profesor Manuel González ha estudiado con tino y siempre ligadas a la tarea de la repoblación que acompañó a la Reconquista. La que nos ocupa en La Cinta, por ejemplo, pertenece a un modelo bien reconocible, a saber, el del hallazgo de la imagen de la *diosa blanca*, como diría Robert Graves, o incluso, como veremos, del propio Cristo, por parte de un personaje modesto -un pastor, un labriego, un pescador- al que elige como heraldo de su culto futuro. Es incontable el número disponible de relaciones sobre *vírgenes encontradas*, imágenes normalmente ocultas para evitar su destrucción por el enemigo (que en nuestra tierra es el moro, por lo general), que un día permiten ser descubiertas para convertirse en patronas o protectoras del lugar. El tema está bien estudiado por varios autores, y aparece con detalle en el trabajo de González Gómez y Carrasco Terriza sobre la escultura mariana onubense, aparte del mencionado estudio de Manuel González. Pero el caso de La Cinta me parece especialmente atractivo, porque aunque se trate de una *virgen blanca*, pertenece al capítulo de esas *vírgenes encontradas* que, en muchos lugares de la cristiandad, sobre todo en España, celebran su fiesta el 8 de septiembre, y que probablemente son una reminiscencia del culto pagano de la diosa egipcia Isis o de la Astarté fenicia. Y he subrayado lo de *virgen blanca* porque hoy es sabido que aquellas *vírgenes encontradas* se confunden, con mayor o menor fundamento, con las famosas *vírgenes negras* que han hecho discurrir tanto a la fantasía de ciertos investigadores, incluyendo a los autores alquímicos, caracterizadas por ser imágenes halladas casualmente en un lugar que pasará desde el momento del hallazgo a reconocerse como *centro* dotado de poderosa energía celeste, y alrededor del cual o sobre el cual se construirá un santuario. Son legión en la tradición cristiana las vírgenes enterradas en el suelo y halladas por la milagrosa indicación de un animal, por ejemplo, vírgenes emparedadas, como en el caso de La Cinta o de la Antigua sevillana; sumidas en un pozo, en espera del momento propicio para volver a reclamar su culto; o simplemente

vírgenes aparecidas en el hueco de un tronco, tal vez en una cueva (o sobre un árbol, como ocurre todavía en Fátima o en Lourdes), y que en ocasiones se *fugan* de la iglesia acogedora para volver a su escondrijo como reclamando un santuario local. Sin olvidarnos de la del Rocío, por supuesto, sugestivo complejo mitológico, al margen de lo mucho que ya damos por averiguado, y en el que no nos es posible entrar ahora sino para adelantar que, a nuestro juicio, su culto replica con desconcertante detalle nada menos que los misterios de Eleusis.

La Cinta, sin embargo, participa de otra modalidad arquetípica -la del encuentro en el mar, que es la propia de una comarca marinera como Huelva, y ahora veremos hasta qué punto-, tal como anteriormente comentábamos al referirnos a la leyenda del cautivo del arca que apareció en el Humilladero, esto es, a leyenda de las columnas y el moro de Berbería. De ese modo, la Virgen del viejo territorio labriego y huertano se muestra también arreglada a su condición de *Señora del Mar*, protectora de los marineros, como reza su Salve. Y no es la única en Huelva. Bien cerca de su santuario, en el eremitorio de La Rábida, la Virgen de los Milagros arrastra la añeja e ingenua leyenda de su hallazgo maravilloso, leyenda que procede de un curioso manuscrito de principios del siglo XVIII, debido a la pluma de fray Felipe de Santiago (editado hace años por el Ayuntamiento de Palos, en edición comentada de fray David Pérez y prologada por José María Segovia), texto que ya manejó el padre Coll y del que proceden los materiales sobre el tema recogidos por el padre Ortega, en su monumental obra sobre el convento palermo. Según esa leyenda, la Virgen habría sido traída “muy a principios del siglo IV” por un marino llamado Constantino Daniel, natural de la ciudad de Libia y vecino de Jerusalén (nótese el doble disparate), el cual la habría recibido de su obispo -nada menos que san Macario de Jerusalén-, quien se la dio “con título de Remedios” pero con la condición de que en Palos “sería llamada de La Rábida”.

La descabellada imaginación de fray Felipe podría tener, sin embargo, su interés precisamente por esa fabulosa atribución a san Macario, que fue, en efecto, obispo de Jerusalén y uno de los redactores del Credo como padre de Nicea, además de gran adversario del arrianismo y constructor legendario de la iglesia del Santo Sepulcro, del que nos habla Eusebio en su *Vida de Constantino*, aunque bien que pudiera ocurrir que en nuestra leyenda se confunda a ese Padre

con el otro san Macario (llamado *politikós*, o sea, el ciudadano), con quien tropiezo en las referencias de Paladio y Rufino, cuya obra ocupa casi un volumen en la *Patrologia Graeca* de Migne llamándole Macario de Egipto, y que no es otro que el gran eremita al que la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine dedica un precioso cuento con diablos al fondo. Fray David Pérez, en nota al referido manuscrito de fray Felipe de Santiago, habla de pasada de otro santo homónimo, que habría sido gran “defensor de las imágenes” y desterrado por el emperador León Isáurico, pero ésa sería ya una historia que no conviene a la nuestra por caer allá por el siglo VIII y no por el IV, aparte de que yo no sé bien a quién se refiere fray Pérez. ¿Sería esta leyenda de la Virgen de la Rábida un eco de las viejas pugnas iconoclastas? Me lo hace pensar el hecho de que nuestro manuscrito recurra a un santo tan lejano y rebuscado y, sobre todo, que fray Felipe sostenga en su manuscrito sobre La Rábida que la imagen regalada por el santo al monasterio onubense fuera “hechura de san Lucas” nada menos. Quién sabe: puede que en la fantasía del fraile o en su fabulosa información resonara todavía el fragor de aquella histórica pelea y el ruido de las imágenes rotas. Esa posibilidad me parece, en cualquier caso, menos extravagante que una atribución casual o gratuita del prodigio a un obispo tan remoto.

La leyenda se complicará más si cabe, en esta ocasión, con el elemento clásico de la ocultación de la imagen por parte de dos sacerdotes que, ante la amenaza sarracena, la habrían echado al mar para salvarla en el año 712 (¡no se puede negar que la fecha está bien elegida!), permaneciendo sumergida y a salvo hasta que en 1572, “al día siguiente de la Concepción”, unos pescadores “calando el primer lance sacaron la imagen de la soberana Reina con medio cuerpo del Niño, y al segundo lance, la otra mitad, que tomando el padre, la aplicó y, sin otra diligencia, quedó unido”. Como era de esperar, el padre Ortega censura con aspereza estas devotas imaginaciones que rechaza en tono crítico punto por punto, estableciendo -de acuerdo con el gran Rodrigo Amador de los Ríos o L. Velázquez- que esa imagen no es anterior al siglo XIV y que su modelo es, con bastante probabilidad, la sevillana de la Hiniesta, con otras dos imágenes bien renombradas que en la Catedral hispalense se veneran y que también ha estudiado cumplidamente el profesor González. No faltan en la leyenda, por supuesto, más o menos imaginarios pleitos entre los

marineros de Huelva, que serían los pescadores, y sus colegas palermos, que alegaban su mejor título por haber ocurrido el milagro en su término, pleito al que, finalmente, puso fin un prudente arbitraje frailuno quedando “la señora morena y chiquita” (ya tienen ahí al entrañable adjetivo huelvano) en el monasterio franciscano.

Sin salirnos del tema, conviene que consignemos, en todo caso, que la tradición maravillosa onubense no se agota en estos hallazgos hierofánicos. Nos hemos referido ya, en efecto, a las *vírgenes encontradas* de manera milagrosa, pero hay que añadir que en Huelva, en especial entre los siglos XIV y XV, serán descubiertas, entre otras, imágenes tan señeras como la moguereña Virgen de Montemayor, la Virgen de Coronada calañesa (tantos años disputada por los valverdeños, en cuyo olvidado folclore quedan coplas alusivas al pleito), la Estrella de Chucena o la Virgen del Prado de Higuera de la Sierra -todas ellas documentadas en la obra de González y Terriza ya citada-, así como la Virgen de Luna que se venera en Escacena y que fue hallada milagrosamente en las cercanías de un convento carmelita, hacia 1426, en el desde entonces conocido como Prado de Luna, según un manuscrito debido al párroco local don Juan José Pardo y que alcanzó a ver el historiador local Silverio Escobar y Salazar, autor de una interesante *Noticias Históricas* de la villa y de la desaparecida ciudad de Tejada. Los historiadores sevillanos han estudiado con detalle el encuentro de Nuestra Señora de la Antigua que se venera en la Catedral; los de las Señoras onubenses aguardan todavía a que se les preste una atención definitiva.

Pero aquí hay algo interesante aún, pues ocurre que esa *virgen encontrada* en La Rábida parece ser que era negra -“morena” según los testigos de esta leyenda - y que “si ahora es blanca, débese a los pintores que la han coloreado varias veces”, según asegura un manuscrito firmado por varios de los frailes del convento y el alcalde de Palos, hacia 1593. Y el asunto es llamativo porque las *vírgenes negras* pertenecen de pleno derecho a la leyenda templaria y la presencia de los templarios en La Rábida, aunque discutida, es otra vieja tradición erudita que, a mi parecer, resulta insostenible, como repite, con razón, fray Pérez, el editor del manuscrito. En tiempos de Bonifacio VIII, que es quien emite la bula autorizando la comunidad primitiva en La Rábida, ya estaba la imagen, en cualquier caso, recibiendo culto hacía mucho tiempo, lo que quiere decir que lo demás

son cuentos. Pero lo bonito es comprobar que en el lugar donde antaño fue venerada Proserpina, la diosa de los Infiernos (es decir, Perséfone, la hija de Deméter, titular de los misterios eleusinos), estará ya definitivamente la Virgen de los Milagros, cuya vinculación con la gesta descubridora es de sobra conocida. Si hablando del moro del Humilladero recordábamos a Perseo, ahora debemos volver -como ya apuntábamos al hablar de El Rocío- a la vieja Héla-de para engarzar con uno de sus más prestigiosos y célebres cultos, en cuyos misterios se dice que fue iniciado el propio Sócrates. No hay modo de negar esta continuidad en los misterios esenciales, que no son sino arquetipos en el sentido junguiano, supongo, lo que en nada concierne a la entidad de las creencias ni al contenido de la fe.

Por cierto, que también la Bella que se venera en Lepe es hallazgo marinerero, o al menos, en el mar aparece, en el puerto del Terrón, claro, y “traída por los ángeles”, según la leyenda lepera, para ser encontrada por los frailes del cercano convento que había donde hoy está la Ermita. Aunque no sin variantes, porque en alguna parte he visto relación del descubrimiento de la Virgen Bella en la orilla cartayera, lo que habría dado origen, como es natural, al consiguiente pulso, finalmente ganado por los marineros de Lepe. Corramos un tupido velo. Para variar el tema, en Moguer, quien llega a la costa en un cofre -leyenda casi calcada de la del cautivo de La Cinta, y por consiguiente, también del mito danaida, el de Perseo- es el propio Cristo, una talla venerada del Redentor que encontraría en 1560, supuestamente, un pescador llamado Pedro Martín Quintero. Esta vez, en lugar de la sentencia que hablaba del gallo degollado, lo que el cofre trae es un mensaje casi de cartería: “En Argel fue hecho y es para Moguer”. Pero el milagro alcanza su cénit cuando al tercer día -otro simbolismo cristiano bien acreditado, el número 3- se presente un cautivo liberado, Quintero también de apellido, asegurando que el remitente era él mismo...

Sobre La Cinta no es preciso añadir nada sino remitir a la obra de don Diego Díaz Hierro y a la del padre Ortega de paso, junto con la *Huelva Ilustrada* de Mora, en las que quedan claras su cronología y su valoración artística, junto con su historia. Siglos de continuo culto y devociones intensas acreditan su santuario como un clásico *centro* en el que se reúne la *diosa del mar* (dicho sea sin el sentido pagano de la expresión) a la que invocaba el cautivo, con la

diosa fertilizadora que encontró el mozo campurriano e hizo caer de hinojos al toro enfurecido. No hay en ese culto claves paganas -ni pozos célticos, ni cavernas de misterio, ni sombras de negruras templarias- sino transparencias sublimadas de una tradición inmemorial y teñidas delicadamente por los ocasos que cada tarde encienden el cielo frente a ella con azules celestiales y malvas prodigiosos. La Cinta es devoción popular casi pura. Por eso precisamente son tan notorias sus adherencias mitológicas que, siempre por vía devocional, eso sí, han terminado acumuladas sobre ella, como sobrepuestas a su cuerpo cristiano, sayal de leyendas sencillas y mitemas infantiles, tierna traducción de un sentimiento llano que refleja muy bien lo que ha sido durante muchos siglos la vida de nuestra antiquísima ciudad.